



- Desde el patio común se aprecia la pequeñez del escenario donde Johanna Montoya asesinó a sus tres hijos.

CRÓNICA



» WILLIAM AHUMADA MAURY

El día en que el horror llegó a Palmar de Varela

La investigación por el crimen cometido por Johanna Montoya contra sus tres hijos devela un oscuro antecedente de violencia contra la mujer en Colombia. Una crónica de aproximación con alta dosis narrativa.

Un complejo perfil siquiátrico parece confirmar lo que los habitantes de Palmar de Varela han venido expresando de Johanna Montoya Rosario: "Ella parece ser una asesina inocente".

El concepto es casi unánime. En esa población calurosa, colorida y ruidosa, que crece sin control a un lado del Río Magdalena, en la margen oriental del departamento del

Atlántico, los vecinos de los barrios La Dicha, El Carmen y Alfonso López alcanzaron a verla, por ratos, durante cuarenta y cuatro días, pues ella nació en Tierralta, Córdoba y estaba recién mudada a Palmar. Aun así, coinciden en que se sembró en la memoria de todos.

Los comentarios en los grupos reunidos a lo largo de la vía principal del pueblo son tan similares que

parecen surgir de una sola persona. La veían fugazmente dos, tres, cuatro veces al día, cuando salía de la pieza de alquiler que ocupaba en el barrio La Dicha, por las mañanas, a llevar a sus tres hijos al colegio. Luego, cuando pasaba a recogerlos al mediodía. Por la tarde, repetía la misma faena, pero para llevarlos a la clase de refuerzos. La mujer a duras penas rasgaba algunas letras, y revelaba una caligrafía de precaria preparación escolar.

La pequeña estatura de Johanna llamaba la atención de los vecinos, pues era casi de la misma talla de su hijo mayor, quien al morir el miércoles de ceniza pasado tenía diez años. Sudorosa, con gritos de autoridad maternal y el notable esfuerzo por cargar, bajo el calcinante sol Palmarino, los tres morrales adornados con llaveros, colgarejos y botones de colores, todos repletos hasta casi reventar, con los útiles de los niños... Verla desafiar el sol que caía a esa hora del mediodía como un chorro de plata fundida, causó admiración entre los vecinos.

Feliciana López, su vecina de enfrente, dice que la recuerda perfectamente porque le llamaba la atención verla con su figura diminuta, un caminar rápido, hablar desparpajado y la forma amable y atropellada como saludaba a sus vecinas en la tienda de la esquina. Feliciana, hasta la veía muy simpática.

“Ella mató a los tres niños, eso dice la Fiscalía, pero motivada por algo sobrenatural que la llevó a eso”, piensan los habitantes de Palmar de Varela, con una autoridad natural que da la convicción en un juicio popular que parece eximir a la joven, de 23 años, de la responsabilidad consciente de un crimen que no olvidarán en este pueblo por muchos años.

De hecho, la gente de Palmar no permitió que siquiera los familiares de las víctimas, entre ellos el mismo papá de los dos últi-



La denuncia de Johanna contra su padre coincidió con la decisión de mudarse a vivir aparte con su actual pareja Wilson Díaz, quien le dijo a las autoridades que ignoraba la pugna entre su mujer y su suegro”

mos niños, tíos y abuelos, se llevaran los cadáveres para sepultarlos en el departamento de Córdoba, de donde eran oriundos y, posteriormente, dejaron el pueblo solo, para plasmar su dolor en uno de los sepelios más concurridos, estremecedores y tristes que esa comunidad recuerde.

Johanna, de evidentes rasgos indígenas, dueña de una sonrisa contagiosa, de un metro cincuenta y cinco de estatura, morena, de cejas pobladas y delineadas, nariz pequeña, boca regular, cara redonda, cabellos largos de un negro azabache y mirada inestable, se apareció el diez de enero en horas de la tarde frente a la casa del barrio El Carmen, de Cindy Pacheco Padilla, solicitándole en alquiler uno de los tres apartamentos que ella tiene en la carrera 10 número 15-26, del barrio La Dicha.

“Yo no se lo quería alquilar. Le dije que ese no es un apartamento. Es sólo una pieza, de cuatro por cuatro metros pues está construido hasta la mitad. En esa misma nomenclatura tengo dos apartamentos más que si están completos, pero ese es sólo una pieza. Es más, lo tenía para guardar cosas viejas y nunca pensé en alquilarlo”, dijo Cindy, la dueña de los locales.

Johanna, quien había llegado a casa de Cindy tomando de la mano a sus dos hijos menores, y acompañada por su marido actual, Wilson Díaz Reales, un joven de poco hablar, casi sumiso, con cara de buen padre, quien tenía de la mano al mayor, insistió: "Se lo ruego. Yo me acomodo. Mire que estoy durmiendo en el suelo en casa de mi suegra. Estoy incómoda y tengo mis cosas regadas por toda la casa".

"Para quitármela de encima le pedí que me trajera dos meses por adelantado. O sea cien mil pesos, pues se lo dejé por 50 mil mensuales. Eso fue el 10 de enero y tres días después me trajo los cien mil pesos y pidió las llaves. Esa pieza no tenía la puerta del patio y me tocó comprar una y mandarla a poner corriendo con mi tío", recordó Cindy Pacheco.

La mudanza que se produjo un día después impresionó a los vecinos de esa cuadra del barrio La Dicha. Johanna y Wilson trajeron un televisor plasma de 48 pulgadas, equipo de sonido, licuadora, lavadora, abanicos eléctricos, juegos de alcoba y otros electrodomésticos muy llamativos en un sector como ese. "Mi marido prometió que me compraba todo si lo aceptaba y cumplió. El viene de separarse de una mujer que lo maltrataba y hasta ahora nos ha ido bien. Tenemos casi dos años de estar viviendo juntos y todavía no tenemos hijos. Él tiene tres de su matrimonio pasado, pero esos niños los tiene la mamá de él y yo tengo los tres míos. Estamos comenzando", le contó Johanna Montoya a su vecina del lado, Nérida Carrascal Guevara.

Para coronar la impresión que causó en la cuadra la casi estafalaria mudanza, dos días después llegó una camioneta con técnicos uniformados con overoles azules, quienes instalaron en la pequeña pieza el servicio de televisión por cable.

Rápidamente, los tres hijos de Johanna



● La fachada de la casa de Cindy Padilla, en donde se construyeron dos apartamentos y una habitación para guardar cosas viejas. Ahí ocurrió el triple crimen.

se convirtieron en amigos de otros tres niños que habitan los tres locales. Unos son hijos de Blanca Mejía Pérez, que habita el apartamento del centro y otros de Nérida Carrascal Guevara, quien vive con su familia en el primero.

En la rutina diaria se vía a Johanna despedir a su marido desde las cinco y treinta de la mañana y de inmediato iniciar las travesías por los patios vecinos a buscar agua, para bañar a los niños y hacer las tareas del hogar. Wilson solía llegar de su trabajo pasadas las nueve de la noche. A lo largo del día la joven Montoya escuchaba música a alto volumen mientras hacía oficios y conversaba con sus vecinos. Se inició entonces una amistad en la que la recién llegada parecía haberse abierto a socializar como un libro pequeño y muy fácil de leer. Todo lo percibido de ella en 44 días ubica a Johanna como una buena

esposa y madre y no como una de las frías asesinas que describe Rosa Santidrian Padilla en "Mujeres malas y perversas".

"La venganza cava tres tumbas":

El miércoles de ceniza se inició con las mismas rutinas en Palmar de Varela, un pueblo en el que nunca pasaba nada. El rumor lejano de un picó que masculla un vallenato con sabor a ceniza, de Farid Ortíz. La discusión de dos borrachos por los altibajos del Junior que no dejaron dormir al cachaco de la tienda de la esquina, y la retahíla virulenta del pensionado de la Policía que tuvo que soltar el perro para espantar los gatos que se peleaban en su terraza.

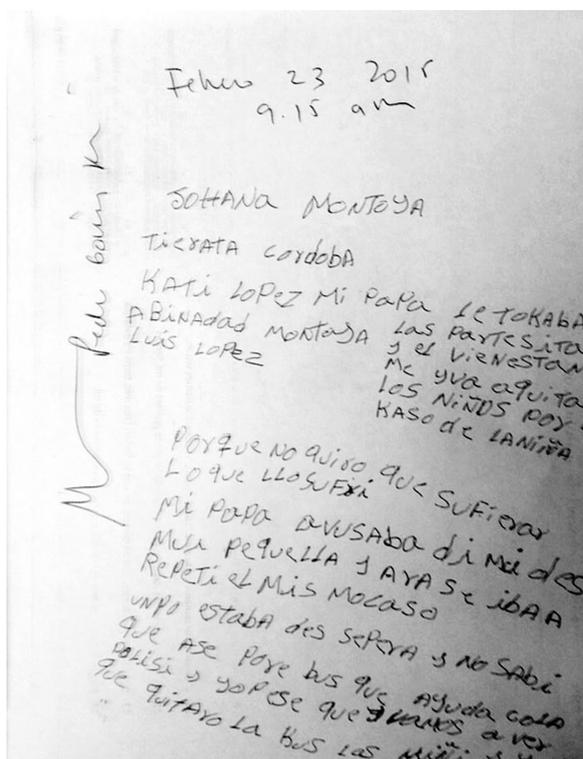
Los mercados campesinos que crecen sobre el suelo, a lado y lado de la carretera Oriental, casi no fueron visitados. La gente comenzó a despertar de la ebriedad carnalera lentamente, como el enfermo de epilepsia que se repone de una crisis, mirando lejos, sentado sobre un sardinel.

Johanna se despertó temprano, fue a la tienda Barichara, ubicada en la esquina más próxima a su pieza y compró pan, huevos, una bolsa de leche y un poco de aceite de cocina. Regresó a su pieza, pero extrañamente, no mostró uno de sus atractivos principales... no habló.

Cuando regresó, ya los niños se desperezaban sentados sobre una pila de tierra en el patio común de los apartamentos. El sol demoró en salir ese día.

Poco antes de las nueve de la mañana, Palmar de Varela recuperaba sus colores y sus ruidos habituales, pero solo dos de los hijos de Johanna iniciaron las rondas infantiles en el patio común: la niña de seis años y su hermanito de cuatro. El mayorcito, de diez años, entró a la pieza para no salir nunca más.

A las diez de la mañana, los inquilinos de



● Carta que dejó Cindy explicando por qué había cometido los asesinatos.

los otros dos apartamentos comenzaron a extrañar al niño de diez años y a Johanna. Ella solía supervisar de cerca los juegos de sus hijos mientras se sumergía con avidez en animadas conversaciones de mujeres. En la habitación sonaba, a todo volumen, en un canal de historietas infantiles, el poderoso televisor plasma que tenía impresionados a los vecinos.

Poco después de las once, Johanna salió de su habitación y llamó a la niña de seis años. La menor entró sudorosa. Saltaba descalza, poniéndole quejas a su madre con su voz de flauta. Fue la última vez que la vieron en la vecindad.

Antes de las doce del mediodía, la voz de Johanna se escuchó nuevamente. Llamó desde adentro al menor de sus hijos. El niño no respondió y ella lo volvió a llamar con voz de autoridad. El menor le dijo a su amiguito que ya regresaba, pero no volvió.

Una de las más intrigadas por estos inusuales hechos es Blanca Mejía, su vecina de al lado: "No más salió después de doce, atravesó el patio con un tanque de agua y regresó a la pieza sin decir nada. Nos tenía intrigadas. No la volvimos a ver sino cuando se descubrió que había matado a los niños... ya por la noche", recordó después.

El día transcurrió solo con la novedad del silencio misterioso de Johanna. Todo se develó pasadas las diez de la noche. Wilson, el marido de Johanna, llegó agotado de su trabajo como bodeguero en un granero de Barranquillita y la llamó insistentemente desde la puerta. Ni ella ni sus hijastros respondieron. Los vecinos lo animaron a que siguiera llamando porque estaban seguros de que ellos continuaban dentro de la habitación. Pero no hubo respuesta. Adentro de la pieza, el gigantesco televisor plasma bramaba con las voces graves y chillonas de personajes de caricatura, en medio del sonido orquestado de graciosas caídas y severos golpes.

"Yo le di permiso para que entrara por mi apartamento y saliera al patio, pues mi patio y el suyo son uno solo. Se asomó por debajo de la puerta, prendió la luz del celular y vio la mano ensangrentada de Johanna, tirada en el piso. Todo el cuarto se veía revuelto. Se puso como loco y quería tumbar la puerta a patadas. Cuando la abrió encontramos los cuerpos de los tres niños. Johanna estaba boca abajo, pero al voltearla resopló. Estaba viva", reveló Blanca.

A pocas cuadras de ahí, Cindy Pacheco se escurría dentro de su bata de dormir a la hora en que Nérida Carrascal, la inquilina de uno de sus apartamentos, la llamó a su celular para avisarle que "algo malo que acababa de pasar".

"Cuando llegué con mi esposo Iván, llegó el Gobernador Segebre y todo el pueblo

llenó la cuadra. Yo entré después de que se llevaron a los niños y a Johanna, y eso me marcó la vida. A Johanna se la habían llevado para el Hospital y vi cuando sacaban los tres cuerpecitos", dijo visiblemente impactada.

Llamaremos "Tonny Puerta" a un detective de la Sijín, del que queremos proteger su identidad. Él formó parte del equipo de investigadores que entró a la pequeña habitación en la diligencia misma de levantamiento de los cadáveres.

"No se podía caminar. Las cosas de esa familia llenaban todo el espacio. Ni siquiera se veía el piso. La sola cama casi lo llenaba todo. El Televisor es muy grande y estaba de espaldas a lo que sería la pared que va al patio. La habitación estaba dividida en dos por una cortina de flores de colores que colgaba de pared a pared. Ahí mismo estaba la lavadora... todo, todo. El primer cadáver que vimos fue el del niño mayor. Estaba como sentado, recostado al rincón, debajo del televisor. Tenía los ojitos vendados, fuertemente amarrado, y las manitas entre las piernas. Lo degolló. Los otros dos cuerpos estaban en sitios diferentes debajo del colchón. El niño menor también estaba vendado. Ella desarmó la cama en su orgía de sangre y el colchón con las tablas les cayó encima a los niños", relató el corpulento detective de mejillas rojizas.

Los investigadores hallaron, dentro de unas tulas de ropa, unas libretas con apuntes íntimos de Johanna. El fiscal 3 de la Unidad de Reacción Inmediata de Soledad leyó varias cartas que habría escrito Johanna antes de desatar su locura y develó casi de inmediato las aparentes razones del filicidio. Pero afuera, la gente se negaba a creer lo que veían a distancia... "¡...Cómo... Johanna, la chiquitica... no puede ser, esa pelá no es capaz de algo

así...!", expresó Feliciano López.

Incluso, antes de terminar la diligencia de levantamiento de los tres cadáveres, se corrió la versión de que el asesino podría ser uno de los primeros maridos de Johanna, pero la Policía rápidamente descartó eso. "La gente pensó esto porque ella tiene una herida en la garganta que va de lado a lado. El cuchillo abrió la tráquea y eso lo hace una persona que ataca desde atrás, pero los médicos del Cari dijeron que es un hecho que ella misma ocasionó esa herida. Es para valientes intentar matarse así, pero ella lo intentó", dijo Puerta.

Aparentemente, Johanna escribió varias de las cartas antes de los crímenes. Los médicos realizaron exámenes para determinar si se trata de la letra de la joven mujer y confirmaron el hecho. Es una letra dibujada de manera torpe y con un precario trato de la ortografía. La Fiscalía conoció cuatro de esos documentos y en dos de ellos la asesina trata de justificar su hecho culpando a su padre Cipriano José Montoya por aparentes abusos sexuales contra uno de sus niños. En otra carta, dice con la letra de quien apenas si puede escribir, que no permitirá que el Bienestar Familiar les quite a sus hijos. Este organismo descartó que tuviese programado ir por los niños de Johanna.

Los otros documentos contienen mensajes a su marido Wilson Díaz, otro a su señora Madre Marlene Rosario. Todas las cartas de Johanna anuncian el crimen de los tres hijos de ella.

Cuando la Policía se retiró con los cadáveres, Cindy Pacheco entró a su propiedad acompañada por dos vecinas de confianza. Quedó petrificada por lo que encontró. Como lo presumen los investigadores, Johanna comenzó la matanza poco antes de las nueve de la mañana y mató al último de sus hijos poquito antes del mediodía, y permaneció varias horas caminando de



Por eso, cuando el Fiscal del caso llegó a la espaciosa habitación a definir la situación jurídica de Johanna Montoya Rosario, ella –posiblemente de cuerpo presente pero con la conciencia lejos de allí– no quiso hablar. Escribió en un papel que no se allanaba a los cargos de homicidio”

lado a lado entre sus electrodomésticos amontonados, antes de intentar suicidarse.

"Eso está claro, porque ella perdió poca sangre. Cuando la encontró su marido ella recién acababa de hacerse las heridas de la garganta y las muñecas. Si se corta después que a sus hijos... hubiera muerto", le dijo a Cindy uno de los investigadores.

Los técnicos de la Policía Judicial coincidieron en que ella también pudo haber escapado, y tomar mucha ventaja... pero no lo hizo. Creen que la diminuta mujer se sentó frente a los cuerpos sangrantes de sus tres hijos y entró en un trance lento y pesado que le fue borrando la sonrisa. Un trance que le quitó el brillo de los ojos y la sumergió lentamente en un mundo irreal de abismos de colores tristes y caídas interminables. Un mundo de sonidos sordos, del que presumiblemente no saldrá más. La convirtió en una mujer que parece caminar a tientas en su propio laberinto de irrealidades. Una mujer a la que el pasado le explotó en las manos y la lanzó a un vacío al que no quiso caer sola... y arrastró a sus hijos.

Todo lo que hizo después del crimen parece estar escrito en las paredes. Se lavó las manos ensangrentadas varias veces en un tanque plástico en el que almacenaban agua dentro de la habitación. La Policía halló ese tanque tapado y con el agua teñida en rojo muerte. Hasta salió al patio por un galón con más agua y se encerró nuevamente a contemplar su macabra obra por varias horas, deduce el fiscal del caso.

En la estrecha habitación hallaron una información que hiela la sangre. Después que degolló a los niños, la sangre comenzó a deslizarse por la habitación hacia la puerta de entrada y estaba a punto de brotar a la terraza por debajo de la puerta cuando Johanna la retuvo utilizando la ropita de su hijo menor. Construyó un pequeño dique con las telas de colorines que se tiñeron de rojo y evitaron la denuncia inmediata del horror. Bloqueó la sangre y evitó que los vecinos se dieran cuenta temprano del triple crimen, contó la dueña de los apartamentos.

En la inspección la Policía encontró también que uno de las víctimas, presumiblemente la niña, se enfrentó a la asesina que poseía el cuerpo de Johanna. "El mayor y el último tenían los ojitos vendados. La niña no estaba vendada y tenía cabellos de su madre enredado entre los dedos. También tenía piel en sus uñas, y en una de las paredes y la puerta que lleva al patio hay huellas de las manitas de la criatura. Esto hace pensar que esta niña se reveló y alcanzó a caminar herida tratando de salir al patio, pero su madre la alcanzó y le dio muerte.

"Se asume que ella engañó con juegos a sus hijos varones, sobre todo el mayor que era el más fuerte, para poder colocarle las vendas sin que ellos sospecharan lo que les iba a ocurrir. La niña, por alguna circunstancia, se dio cuenta de la inten-

ción de la mamá y la enfrentó, pero perdió frente al ímpetu asesino de Johanna. El ruido del poderoso televisor, de pronto, ahogó los gritos de la pequeña; la violencia de los personajes del canal de comics no se asemeja nunca a la violencia que acaecía en esa pequeña habitación", concluye el investigador.

Días después, cuando Cindy limpiaba la habitación ayudada por Wilson Díaz Reales y las inquilinas de los otros dos apartamentos, hallaron una tula con ropa del niño mayor. Dentro de la tula encontraron una libreta en la que Johanna Montoya Rosario consignó varios pensamientos que iba ideando en el proceso de deterioro de su salud mental.

Cindy leyó varios de los mensajes al último marido de Johanna. Al ver la reacción del hombre cerró la libreta y llamó a la Policía para que los investigadores pasaran por la evidencia. Pero nunca olvidará el mensaje de ese pensamiento... un mensaje que lo resume todo... que lo dice todo... que deduce todo... el mensaje dice textualmente: "La venganza cava tres tumbas".

El laberinto de una asesina

Días después del triple crimen, Palmar de Varela sigue conmocionada. En el pueblo se continúa hablando intimidades del proceso. Algunos Palmarinos tienen tan clara su propia versión de los hechos, que no han dejado de llamar a la estación de Policía a ofrecer ayuda en la investigación.

Por cierto, muchas de esas versiones fantasiosas eximen a Johanna Montoya Rosario de la responsabilidad del escabroso episodio. Contra el aplastante peso de las evidencias, más de uno señala a un amante furtivo como el autor de los crímenes y de la tentativa homicida, no suicida, contra Johanna.

Lejos de allí, en el quinto piso del Hospital Cari de alta complejidad, en un ambiente espacioso forrado en blanco, con olor a alcohol revuelto con medicinas, y entre máquinas electrónicas que parecen hablarle al oído, Johanna Montoya Rosario ha sido operada de una traqueotomía para cerrar la herida que ella misma se produjo en la garganta y que le abrió la tráquea. Los médicos no le quitan los ojos de encima. Temen que en uno de esos despertares dominados por el sopor del sueño inducido, ansiedad y depresión, vuelva a atentar contra su vida. Las enfermeras se turnan para hacerle vigilancia especial.

Las mujeres de blanco impoluto del departamento de trabajo social dicen que Johanna, algunas veces, despierta y entra en conciencia del proceso que atraviesa y cae en una profunda depresión nuevamente. Entonces, es rodeada por sicólogos y trabajadoras sociales, pero se niega a escuchar, y vuelve a ser sedada.

En los despertares de Johanna, que los médicos describen como estaciones solitarias en el apocalíptico viaje de un tren de no retorno, algunas veces parece pedir permiso a su mutismo y llega velozmente a la realidad. Se coloca un dedo sobre los esparadrapos que le cubren la herida y habla con tranquilidad. Cuando no quiere hablar, se lo quita y todos tienen que dejarla en su mutismo.

Por eso, cuando el Fiscal del caso llegó a la espaciosa habitación a definir la situación jurídica de Johanna Montoya Rosario, ella –posiblemente de cuerpo presente pero con la conciencia lejos de allí– no quiso hablar. Escribió en un papel que no se allanaba a los cargos de homicidio. “Parecía otra persona”, describió una enfermera.

Entonces, comenzó un juego como el del gato y el ratón. En una primera entrevista contestó algunas preguntas al siquia-

tra Pedro Gómez Méndez, pero después, cuando lo veía llegar, se negaba a hablar. Medicina Legal y la Fiscalía habían comisionado a este siquiatra para realizar un examen especializado a la paciente y entregar un reporte que pudiera determinar su destino final una vez sea dada de alta en ese hospital... la cárcel o una clínica siquiátrica como confinamiento por el crimen cometido.

Gómez Méndez dice que entró a hablar con Johanna una vez el médico internista le autorizó, pues estaba de por medio la recuperación de ella por la cirujía.

“Al parecer estamos frente a un caso de homicidio generado por una persona con motivaciones patológicas severas. Una persona que tiene reacciones violentas percibidas en un entorno social violento. Una persona que agrede por odio y que prefiere matar a sus hijos antes de que se los quiten, una persona que expresa desesperanza, una persona que creció siendo maltratada desde su mismo origen étnico, porque ella es de la etnia Emberá katío, del departamento de Córdoba. Su padre, es descendiente directo de la etnia Wayuu”, declara el siquiatra al cronista.

El médico, con rostro inexpresivo, embalado en una bata que le oculta una camisa verde oliva, acaricia su escritorio ubicado en una oficina gigante revestida por libros gordos con lomos amarillentos y olor a guardado, prosigue: “Ella viene de estarse defendiendo toda la vida. Una mujer con múltiples abortos, que denuncia violación en varios estadios de su vida, agredida hasta por no hacer accedido a la educación, una mujer que es producto de un parto gemelar... la otra bebé falleció. ¿Usted sabía que ella es sobreviviente de un parto gemelar?”, me interrogó con severidad.

Y le pregunto: ¿médico, por qué los expe-

dientes dicen que ella miente permanentemente?

“Ella, en su afán por salir adelante, puede llegar a mentir torpemente. Debe ser una forma de escapar de la realidad. Dijo, y muchas de sus confesiones las escribí, que había matado a sus hijos porque los vecinos de la pieza la habían dejado trancada por fuera y tuvo mucho miedo en ese momento. Ella, a la edad de once años, se vio forzada a tener marido de asiento y a los trece ya estaba pariendo su primer hijo, y eso no es mentira”, respondió.

Johanna se queja de lo que el siquiatra identifica como una “clínica del dolor”, que no es otra cosa que quejarse permanentemente de situaciones dolorosas que no está padeciendo.

“La percepción clínica que tenemos es lo que nosotros identificamos como ‘melancolía delirante’, que no es otra cosa que un episodio permanente de depresión que ataca a quienes han padecido de privaciones, abusos, ataques, violaciones”, relata el doctor Gómez Méndez.

Algunas de las cosas que se negó a decirle al siquiatra se las confesó a las trabajadoras sociales: “Ha dicho que está poseída por espíritus, que una mujer vestida de blanco la asedia, que escucha cantos de pájaros. Son pensamientos mágicos que suele expresar para justificarse. Ella miente torpemente y es parte de su cuadro siquiátrico”, señala Gómez.

Una de las situaciones que identificó el siquiatra y que marcó de manera funesta el pasado de Johanna Montoya tiene que ver con el despojo de tierras y los crímenes que ella presencié. Cuando a usted la arrancan de un entorno feliz y la ponen a deambular por el mundo a sufrir, eso genera sentimientos de rabia que marcan su vida”, reveló.

Llegan los Mochacabezas

Las indicaciones del siquiatra nos llevan a investigar los antecedentes de violencia que rodearon a la familia de Johanna Montoya Rosario en el departamento de Córdoba, epicentro de una de las guerras que más ha dejado huellas en los colombianos. Johanna nació de un hogar de campesinos que, en la década del año 2000, vivía en la finca El Tesoro, una tierra bendita ubicada en la vereda El Murmullo, cerca de Tierralta, Córdoba.

En esa finca vivían 25 familias, todas descendientes del mismo abuelo de los Rosario. Allí no les faltaba nada. Sembraban la tierra, tenían agua, animales y futuro. A mediados del año 2000, la guerrilla del EPL, que había estado presente en Córdoba sin afectar la vida de los campesinos, comenzó a enfrentar a las Farc que, a su vez, irrumpió en ese departamento con un frente integrado por los hombres más sanguinarios provenientes del departamento de Antioquia.

Las Farc llegaron a mediados del 2000 y crearon allí la compañía Manuel Cepeda Vargas. Escogieron a los 500 hombres más temibles para sacar de allí al EPL y a los paramilitares, que ya entraban a ese hermoso sector.

“Enviaron al mismo Iván Márquez a acabar con los Castaño y el reducto del EPL. Los mandos eran alias ‘Isaías Trujillo’, El Negro Tomás, Jacobo Arango y El Manteco, que estaban en los frentes 18, 36 y 58”, publicó el laboratorio de la violencia de Córdoba y Urabá.

“Córdoba para las Farc era un sitio estratégico por conquistar el Nudo del Paramillo y buscar una salida al mar para facilitar la salida de drogas y la entrada de armas”, reseña el estudio.

Pero, en las mismas andaba Carlos Castaño Gil, el sanguinario jefe de las Autode-



● William Ahumada, en el escenario donde fueron cometidos los asesinatos. El lugar fue remodelado, pero no se alquilará más.

fensas Unidas de Córdoba y Urabá, quien envió dos batallones comandados por alias "El Monoleche" para sacar de ahí, a sangre y fuego, a las Farc y al EPL.

Cuando la historia escribió esto, Marlene Rosario Benitez vivía con Cipriano José Montoya y había parido a William, quien era un jovencito de unos doce años y a Johanna, quien tenía cuatro años. Estaba preñada de Adriana, la menor de sus hijas. Antes, Marlene había tenido dieciséis hijos más de otras uniones. Vivía con seis de ellos en la finca El tesoro.

Para entonces, los campesinos de la vereda El Murmullo, lejos de cualquier autoridad que los protegiera, se debatían entre las aguas de la guerrilla y los paramilita-

res. Unos llegaban a la finca a descansar y tenían que ser atendidos; al marcharse llegaba el otro bando exigiendo lo mismo. "Llegaba unos, había que darles las gallinas o las vacas que pidieran. Llegaban los otros y había que hacer lo mismo para poder vivir", recordó Marlene, quien dice que perdió cuatro primos en esa guerra ajena.

La entrada de los paramilitares a inicios del año 2000 fue sangrienta. "Todo lo que olía a guerrilla se moría y de manera atroz. De una forma salvaje, los agarraban, los colocaban en público y los acusaban de ayudar o pertenecer a la guerrilla y les mochaban las cabezas con enormes machetes. La gente estaba aterrorizada y todavía la historia no sabe la cifra de la

gente que murió de esta forma", recuerda Argénida Nobles, quien perdió a su papá, a su hermano y a su esposo de manos de los paramilitares, el primero de enero de 1989.

Rápidamente, las Farc comenzaron a perder fuerza y, en una visita a la finca El Tesoro, unos enmascarados le dijeron que necesitaban alimentos y le pidieron a Marlene que alistara al niño William, que lo necesitaban. Se lo iban a llevar.

Marlene se opuso con rabia. Los enmascarados comenzaron a presionarla, pero, de repente, los llamaron por radio y, al partir, le dijeron a Marlene que le daban veinte minutos para desocupar la finca. Todo esto, las ejecuciones de Los Mochacabezas, las injusticias con los indígenas, los despojos de uno y otro lado, y finalmente el desplazamiento, lo padeció Johanna Montoya.

El drama del desplazamiento

"Salimos en medio de un aguacero y de madrugada, llegamos al Bagre Antioquia, de allí a Nechí, luego a La Palestina y finalmente, después de cinco años de recorrer pobreza, llegamos a Magangué", recuerda Marlene, en medio del llanto.

En Magangué, según la investigación del siquiatra Pedro Gómez Méndez, la familia Montoya Rosario sobrevivió mediante ventas ambulantes, oficios varios y hasta de la caridad de la gente. "Johanna sufrió mucho. A los once años ya tenía marido estable y a los trece ya era madre. A esa edad le tocó registrar a su hijo como madre soltera", dice la investigación de la Fiscalía.

Era rebelde y no se dejaba controlar de nadie. Llegaron al barrio Las Flores de Barranquilla, donde la vida de Johanna parecía normal. "En Magangué tuvo relaciones y perdió varios hijos siendo menor de edad. Ella abandonó al hombre con el que más tiempo permaneció, el papá de

los dos hijos menores de ella, porque aparentemente la maltrataba mucho", relató Wilson Díaz, su marido actual.

De Magangué se mudaron al barrio Las Flores, a casa de William, el hermano mayor de Johanna. Allí la joven comenzó a buscar rutas de tranquilidad siendo madre soltera de tres hijos.

Entonces, se peleó con su papá. Las disputas entre ella y sus padres, hermanos y tíos, eran ruidosas. Aparentemente, Cipriano José le llamó la atención en público y Johanna le advirtió que se las pagaría. Poco después, a inicios de diciembre del año 2014, Johanna denunció a su padre por presunto abuso sexual de uno de sus hijos.

Cipriano José Montoya, toda la vida, le recriminó a su hija por la forma violenta como corregía a sus hijos, le contaron a la prensa los hermanos de Johanna: "Ella trataba muy mal a los niños. Les pegaba con mucha ira y eso nos dolía a nosotros", dijo William al diario El Heraldó.

La denuncia de Johanna contra su padre coincidió con la decisión de mudarse a vivir aparte con su actual pareja, Wilson Díaz, quien le dijo a las autoridades que ignoraba la pugna entre su mujer y su suegro.

Poco después del triple crimen Marlene y sus hijos William y Adriana, se unieron para defender a su marido y padre. Para ello contactaron a un reportero de El Heraldó:

"Estamos los hermanos restantes que quedan de esta familia. Es mi hermana Johanna. Nunca pude guiarla. Yo no tengo el corazón negro. No le guardo rencor, pero duele lo que le ha hecho a mi papá, a quien le han dado mucho palo. Él es inocente. Eso lo podemos probar todos sus hijos. Tenga la seguridad de que si fuera un abusador no lo defendiéramos ni es-

tuviéramos contándolo. Yo soy de los que piensan que si una persona la hace, tiene que pagarla”, le dijo William al diario barranquillero.

Los investigadores dicen que ignoran si Johanna mintió una vez más para meter a su padre en un lío con la justicia, acusándolo de presunto abuso sexual. “No lo hemos podido probar. Eso está en la etapa de búsqueda de pruebas, pero de pronto ella pensó en enredar al viejo y se mudó a vivir una nueva vida al lado de Wilson, dejando atrás su pasado de necesidades y sufrimiento. Al parecer, el Instituto de Bienestar Familiar visitó la zona de Las Flores pero ya se había mudado con Wilson. Aparentemente, uno de los funcionarios del ICBF comentó que esos niños tenían que ser protegidos, y Johanna recibió la información de que los hijos se los iban a quitar, cosa que no estaba planeada. Eso la llenó de pánico y, el pasado la poseyó. Planeó el crimen. Eso puede ser lo que generó todo”, comentó Tonny Puerta, el investigador.

Después de certificar el diagnóstico, y tras muchas diligencias, el patólogo forense de Medicina Legal optó por seguir los consejos del siquiatra Pedro Gómez Méndez y envió a Johanna al Hospital siquiátrico CARI. “El riesgo de suicido es altamente preocupante. Ella lo repite a cada rato, dice que no puede vivir sin sus hijos”, precisa el siquiatra.

La razón de esos crímenes

Ahora Puerta entiende porqué Johanna

Montoya decidió utilizar el cuchillo como arma para ejecutar su macabro plan. “Si habláramos de una persona normal se hubiera escapado con ellos. En otro estado los hubiera envenenado. Pero usó el arma que le marcó la vida a ella desde niña. Acá ocurrió, en pequeña escala, lo que está pasando con los gringos y sus matanzas en escuelas, estadios y barrios. Ella está afectada psicológicamente por la violencia, por los abusos. Cuando sintió que le iban a quitar lo único que ella sabía que era de ella, sus hijos... decide matarlos... no para hacerle daño a nadie, sino para evitar quedar sola. Esta tragedia es hija de la guerra”, piensa el detective.

-Quien sabe cuántas Johannas hay por ahí, ¿verdad periodista?

William Ahumada Maury es periodista egresado de la Universidad Autónoma del Caribe. Reportero con 28 años de experiencia profesional en radio, prensa y televisión. Especializado en crónicas humanas, ganó el premio de periodismo “Mario Ceballos Araújo” de la Universidad Autónoma del Caribe en el 2003. Es catedrático de Uniautónoma y Esap y candidato a Magister en Gerencia de Comunicaciones de la Universidad del Zulia, Venezuela.